

El trumpismo como patología política

La democracia de los Estados Unidos constituye uno de los sistemas más veteranos en el respeto a la voluntad de las mayorías y la vigencia de los derechos y libertades civiles. También parecía hasta hace poco una democracia robusta, a prueba de desestabilizaciones y riesgos de retrocesos. Sin embargo, la democracia estadounidense se encuentra hoy en un momento crítico, amenazada seriamente por la gestión autocrática de Donald Trump.

Llama la atención, por otra parte, la aparentemente débil reacción hasta ahora de la sociedad civil norteamericana ante el desafío antidemocrático de la Administración Trump. El otrora fuerte y denso tejido social, cultural e intelectual que ha defendido las libertades democráticas en Estados Unidos aparece hoy muy disminuido y sin iniciativas visibles frente a la evidente quiebra de la legalidad constitucional.

Tal quiebra se refleja en los abusos de poder, la interpenetración de intereses políticos y económicos, y el desmontaje de los contrapoderes democráticos, desde las últimas resoluciones del Tribunal Supremo y los cambios emprendidos en normativa electoral, hasta los algoritmos que manipulan las redes sociales y la compra por parte del trumpismo de medios periodísticos emblemáticos. A mayor arrogancia en el ejercicio del poder, menores contrapesos en defensa de la democracia. Tal parece hoy la realidad política estadounidense.

Un análisis riguroso de la situación de la democracia en Estados Unidos exige descartar de entrada las interpretaciones más ingenuas acerca de las presuntas discapacidades del personaje. No se trata de una persona enferma, ni siquiera original, o de verbo directo pero incomprendido. Estamos ante un personaje patológico, que forma parte de una corriente política determinada y perfectamente identificable.

El trumpismo es una patología política cuyos precedentes pueden encontrarse en el fascismo europeo del siglo XX. Sus antecedentes directos están en la colonización progresiva del Partido Republi-

cano por parte de elementos de extrema derecha pertenecientes al Tea Party, como Ted Cruz, Sarah Palin, Ron Paul o el propio Marco Rubio, estrecho colaborador hoy del presidente Trump.

Esta corriente política se proyecta en la actualidad en buena parte del mundo a través de fuerzas ultraderechistas, y de otros personajes equivalentes a Trump, coordinados en apoyo mutuo, como han sido Bolsonaro y Orban, y como son Netanyahu, Milei, Bukele y otros semejantes.

Los componentes más relevantes del trumpismo son tres, al menos. En primer lugar, una concepción no democrática

del poder. Para Trump y los suyos, el poder corresponde naturalmente al más fuerte, sea en lo militar, en lo económico, en lo tecnológico o en el dominio

¿Qué cabe hacer frente a la patología política del trumpismo? Lo primero, denunciar y resistir, en defensa de los valores de la Ilustración, de la democracia, de la paz y de los Derechos Humanos, como está haciendo el Gobierno español de Pedro Sánchez en todos los foros internacionales en los que participa.

de factores estratégicos como el petróleo. Consideran que las instituciones, las elecciones o la voluntad de las mayorías han de ceder ante la fuerza.

Entienden que el poder no tiene más propósito, más legitimidad y más límite que su propia reproducción y acumulación. De ahí el cuestionamiento de los resultados electorales adversos, las pulsiones golpistas y la manipulación de normas y procedimientos electorales, incluido el amago de suspender procesos electorales. De ahí también la alianza estratégica con los grandes *tecno-oligarcas*, su complicidad con autócratas foráneos y su admiración explícita por dictadores como el norcoreano.

En segundo lugar, el trumpismo se caracteriza por una acción política inspirada en valores contrarios a aquellos que han promovido el progreso civilizatorio a lo largo de la historia, desde la Ilustración y las revoluciones francesa y norteamericana, hasta la Carta de las Naciones Unidas y la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Se trata de la Libertad, de la Igualdad y de la Fraternidad, del Estado de Derecho, del imperio de la ley, y de la separación de poderes. Se trata de que los poderes públicos permitan disponer a la población de los medios precisos para asegurar una vida digna, de perseguir la paz, y de respetar las normas que velan por garantizar la resolución pacífica de los conflictos entre las naciones.

¿Cómo se expresan estos valores trumpistas? En la política neoimperial en las guerras ilegales y en la doctrina *Monroe*, en el uso de los *aranceles* como arma intimidatoria, en el populismo anti-inmigración, en el negacionismo climático, en el desmontaje fiscal y en la recuperación de los vínculos entre política y religión, entre Estado e Iglesia.

Hay también un componente amoral en el trumpismo. No es que el presidente estadounidense desconozca los códigos morales o sea incapaz de entenderlos. Es que los desprecia. Su único límite moral es, como ha declarado públicamente, su propio interés y su propia conciencia. Por eso miente abiertamente, e insulta y desprecia a los adversarios, a veces también a los "aliados" que no se muestran suficientemente sumisos. Por eso se enriquecen descaradamente él y su familia, aprovechándose de su cargo. Por eso su comportamiento es machista y misógino. Por eso se rodea de personajes tan deplorables como él mismo.

La guerra ilegal de Irán es un epítome del trumpismo. Una guerra declarada unilateralmente, sin mediar provocación, despreciando el derecho internacional, ignorando los pronunciamientos de los organismos multilaterales llamados a mantener las relaciones pacíficas entre los Estados. Esta guerra es la mejor representación del propósito de cambio de régimen internacional que persigue Trump, y que amenaza algo más que el precio de los combustibles: la paz, la democracia y las libertades.

¿Qué cabe hacer frente a la patología política del trumpismo? Lo primero, denunciar y resistir, en defensa de los valores de la Ilustración, de la democracia, de la paz y de los Derechos Humanos, como está haciendo el Gobierno español de Pedro Sánchez en todos los foros internacionales en los que participa.

Es preciso articular una gran alianza internacional de fuerzas democráticas para defender el progreso civilizatorio de sus enemigos. Y esta alianza debe edificarse sobre organizaciones multilaterales, como las Naciones Unidas y la Carta de los Derechos Humanos, que la Humanidad se dio a sí misma tras la Segunda Guerra Mundial, para evitar precisamente que nunca más se impusiera la ley del más fuerte como procedimiento de relación entre las naciones y sus habitantes.

Es necesario también impulsar la regulación democrática en todos aquellos ámbitos en los que hoy se juega el futuro político, económico, tecnológico y social, y en los que impera en buena medida la *ley del poder bruto*, como son los avances tecnológicos, las redes sociales, el progreso de la Inteligencia Artificial, la propiedad de los medios de comunicación social, el comercio energético transnacional, y la elusión fiscal global, entre otros.

Es imprescindible, asimismo, un programa internacional para hacer frente a las desigualdades crecientes, la exclusión social de amplios sectores de la población mundial y las hambrunas que acechan al Planeta a causa de las guerras, el comercio desigualitario y el estrangulamiento de los recursos destinados a la cooperación para el desarrollo en países tan ricos, como Estados Unidos. La miseria y la pobreza siempre fueron el mejor caldo de cultivo de las crisis que alimentan a los fascismos.

TEMAS